

**MARTÍN  
HUETE**

---

**INVERTIR  
COMO NUNCA  
TE HAN  
CONTADO**

---

**LECCIONES SOBRE  
LA VIDA Y LA BOLSA**

Prólogo de Luis Huete

**DEUSTO**

# **Invertir como nunca te han contado**

Lecciones sobre la vida y la Bolsa

**MARTÍN HUETE**

con la colaboración de Pablo Poveda



EDICIONES DEUSTO

© Martín Huete Gómez, 2021

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2021

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-3218-9

Depósito legal: B. 21.499-2020

Primera edición: febrero de 2021

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

Prólogo.....	7
Introducción. ¿Por qué vas a leer este libro?.....	11
Aquellos maravillosos años .....	15
¿Cómo se llega hasta aquí?.....	19
Código de conducta.....	25
Aguas estancadas.....	31
Los días de gloria .....	36
¿Y si la vida fuera otra cosa? .....	45
Un nuevo comienzo.....	49
Un cuatro de abril .....	53
La marca personal .....	56
¿Para qué sirvo yo? .....	61
El contacto humano.....	64
¿Tomamos un café?.....	69
La forja del guerrero .....	72
<i>Walk on the wild side</i> .....	76
Navegando hacia nuevos mundos.....	83
Si es fácil, desconfía.....	87
Sé fiel a tus principios .....	91
Hoy puede ser un buen día para tu transformación.....	94

ANEXO

INVERTIR COMO NUNCA TE HAN CONTADO

1. Introducción.....	101
2. Consumo responsable y finanzas personales .....	105
3. Clases de activos financieros .....	110
4. Los diferentes tipos de fondos de inversión .....	114
5. Los fondos garantizados.....	119
6. Las comisiones en los fondos de inversión .....	125
7. El interés compuesto.....	131
8. Diferencias entre la gestión activa y la gestión pasiva.....	134
9. Los gestores automatizados.....	148
10. Las mentiras de la industria .....	155
11. Diez consejos para invertir y ponerte en marcha.....	164
12. Conclusiones .....	175

## Aquellos maravillosos años

---

Eran otros tiempos. Podría decir que no eran muy diferentes a los de ahora, pero estaría mintiendo. Era el final de una década prodigiosa en el país: los años ochenta. Una corriente efervescente de música, de creatividad, de ideas y, sobre todo, de ambición. El cine de Hollywood llenaba las pantallas de las salas de toda la Península. Michael J. Fox viajaba a 1955 para contarnos cómo era el pasado y el paseo de la Castellana se llenaba de coches de fabricación italiana. No todo era tan mágico como nos lo han tratado de vender durante los años posteriores, pero tenía su encanto. Era un momento único para cualquier joven español con ganas de comerse el mundo y yo estaba dispuesto a hacerlo.

Tras terminar mis estudios en el IESE de Barcelona, pasé otros dos años en dicha ciudad, en la división financiera del grupo Zurich, a la vez que vivía en un piso que compartí con dos maravillosos amigos. El apartamento estaba en la calle de Laforja, en la esquina con Calvet, y allí pasé un periodo inolvidable. Después de algunas de nuestras fiestas (¿cómo olvidar a ese amor imposible, mi «pajecillo»?), el portero no daba crédito a la cantidad de basura que generábamos. Tampoco olvido esas interminables noches disfrutando, viendo series como *Luz de luna* o *Canción triste de Hill Street* y su mítica frase «¡Tengan cuidado ahí fuera!». También había mañanas en las que coincidíamos de

manera misteriosa con fiebre y nos quedábamos en casa viendo *Los ricos también lloran...*

Tras aquellos dos estupendos años, me mudé a la capital, mi ciudad, para seguir con mi carrera. En ese momento, Madrid era una ciudad en ebullición. Lo tenía todo para mí y yo estaba listo para entregarle mi alma. Recién casado, con veintisiete años, un traje nuevo de gama media, la corbata recta y un golpe de timón, fruto de las casualidades, comencé a trabajar para KPMG como consultor. Me entregaron un maletín (que llamábamos «el maletito») forrado de piel, como los cientos que rodaban por los alrededores del Santiago Bernabéu. Era una muestra de orgullo, de distinción. Al tener la suerte de ser un chico medianamente alto, el complemento se ajustaba a mi imagen. No parecía idiota con una maleta más grande que yo. No todos tenían esa suerte. Para entonces, cargar con el maletín me hacía sentir alguien importante para la sociedad, en una época en la que todavía no habían llegado los teléfonos móviles, las redes sociales ni, por supuesto, el exhibicionismo en Facebook o las fotos vacacionales y los malditos *selfie pies* en Instagram. Era como llevar una caja fuerte contigo. Nos hacía interesantes con sólo colgarlo de nuestra mano. Por supuesto, existían los relojes Rolex, los trajes a medida de la calle Serrano, los coches de fabricación alemana y las camisas de sastrería, pero el maletín era el primer paso para materializar el resto y desmarcarse de la gente común.

Jamás olvidaría aquella mañana soleada de 1987 conduciendo hacia Torre Europa, contento por el nuevo desafío y escuchando a los Talking Heads cantando *This Must Be The Place* para mí, en el interior de mi Alfa Romeo 33. ¿Qué sería de esta vida sin la música?, me pregunté.

Momentos como aquél, vivos y coloridos en mi memoria, todavía me erizan el vello al recordarlos. En la vida hay instantes en los que nuestro futuro está listo para cambiar y no existe mayor satisfacción que ser conscientes de ello.

Los primeros años fueron de mucho sacrificio. Las oficinas de KPMG en Torre Europa no eran conocidas precisamente por su

ambiente relajado. Cada mañana, antes de que saliera el sol, conducía desde la calle Larra hasta la plaza de Lima, duchado y aseado para una mañana de ajetreo. Normalmente dormía poco, ya fuera porque me quedaba revisando el papeleo del día anterior o tomando alguna copa con los compañeros. La ciudad era un desierto automovilístico hasta que te acercabas allí. Estábamos entrando en ese círculo de complicidad en el que madrugar era en realidad cosa de ganadores.

Las oficinas de KPMG eran amplias, con grandes ventanales por los que se podía ver la Castellana y con mesas alargadas que compartíamos quienes ocupábamos los eslabones más bajos de la cadena. La mayoría éramos jóvenes, llenos de vitalidad y con el cuerpo aún virgen para ser machacado por el estrés. Íbamos al gimnasio, pero no era un elemento indispensable para soportar la presión. Teníamos la mirada puesta en nuestras carteras y no en cómo nos lucían los bíceps. Comíamos por los alrededores del Casino del Canoe y, cuando llegaba la noche, tomábamos algo por los bares del lugar cuando lográbamos salir de la oficina, para hacer que el día mereciera la pena.

El ambiente en la oficina era masculino, salvando alguna excepción. Las mujeres preferían la división de auditoría. Todavía recuerdo a esas chicas que conocimos una noche en la discoteca Green, después del trabajo, y la reacción de una de ellas cuando les dije a lo que me dedicaba.

—¿Estás en KPMG? —preguntó levantando su Martini para taparse la cara. En cuestión de segundos, me di cuenta de que ni otro Martini conseguiría despertar su interés—. ¡Uf! Qué pereza, tío...

La conversación se repetía en cualquier lugar de copas de moda de la zona. Llegados a cierto punto, podía resultar previsible. Y es que la mentalidad de mi generación era la de apuntar bien alto. Todos queríamos ser gerentes, emular a quienes ocupaban los despachos de las plantas superiores y que, en ocasiones, nos saludaban desinteresadamente cuando coincidíamos en el ascensor. Todos queríamos llegar ahí, crear nuestro propio imperio, beber champaña en el interior de una limusina y ser la viva esencia de Gordon Gekko en *Wall Street*, la película que los

polluelos de Torre Europa veíamos para emular las vidas de Charlie Sheen y Michael Douglas. Por desgracia, lo que sucedía en dos horas de cinta, a nosotros nos llevaría más tiempo o tal vez nunca llegaríamos a ello.

Pero no todo eran ambientes distendidos de chicos con traje y chicas con tacones, falda y medias negras. Al otro lado de la ciudad, mientras nosotros hacíamos números en nuestras hojas de cálculo con Symphony o pergeñábamos mejoras en los procedimientos de nuestros clientes, estaban sucediendo muchas cosas a nivel creativo. En esos tiempos, si querías enterarte de lo que se cocía en un lugar, tenías que ir a él y comprobarlo por ti mismo. Y eso hacía. Siempre guiado por la atracción hacia el lado oscuro de la vida, algunas noches colgaba el traje y me dejaba caer por Torres Blancas, donde muy cerquita se encontraba la mítica sala RockOla, o por el Pentagrama («Luego, por la noche, al penta a escuchar canciones que consigan que te pueda amar...»), para absorber un poco de la buena música y de la rebeldía, que tanto ha cambiado en los años posteriores, de Malasaña.

A fin de cuentas, divertirme también formaba parte de la ecuación. El trabajo era la constante que dirigía mis días por entonces. Aprender cada jornada algo nuevo, relacionarme y dejar una buena impresión en cada persona que me conocía por primera vez, ir siempre un poco más allá de lo que se esperaba de mí y aguardar a que llegara mi momento. Eficacia, hablar lo justo, sólo cuando me preguntaban, y escuchar con atención. Mostrarse impoluto, tanto por dentro como por fuera. Suena sencillo, como una receta para ponerse en forma, pero no estaba hecha para cualquiera. La presión, la falta de descanso, una alimentación desequilibrada y el estrés formaban parte de esa fórmula. Sentirse mal por esos viajes al lado oscuro sólo acrecentaba mi malestar, pero siempre me engañaba consolándome con que los demás también lo hacían... No existían atajos, eran los tiempos de la meritocracia, del ascenso vertical y de la experiencia. En empresas como KPMG, o subías en el escalafón o te echaban. Por suerte, era joven y podía soportarlo. En ese periodo, me sentía capaz de derribar cualquier muro que se me pusiera delante. Y así lo hice. Mi oportunidad no tardó en aparecer.

## ¿Cómo se llega hasta aquí?

---

Miguel era un buen tipo, uno de los que vivía con los pies en el suelo, tanto que en ocasiones le pesaban como si fueran de cemento. Nos conocimos en el final de mi época en KPMG. Él tenía treinta años, era madrileño de pura cepa y había llegado unos meses antes que yo. Compartimos aquella larga mesa de las oficinas de Torre Europa y también un puñado de noches de sombras, luces y colores, bailando con las jóvenes y guapas veinteañeras de Madrid que aún no habían terminado la carrera. Miguel no era muy alto, por lo que formábamos un buen contraste cuando estábamos juntos. Sin embargo, tenía personalidad, buenas maneras y un piso en la calle de Zurbano. Lo que más admiraba de él era su tenacidad, combinada con una ambición realista que, en ocasiones, me ayudaba a bajar de las nubes. Por lo que respecta a su forma de pensar, como él había pocos. En cuanto a su actitud conservadora y poco agresiva, quizá hubiera demasiados. Pese a llevarnos tan bien, no compartía su visión de la vida. Sabíamos de antemano que nuestras carreras estaban construidas para correr. Y sólo los lentos e indecisos se quedaban atrás.

Finalmente, las escasas horas de sueño dieron su fruto en forma de un cambio de empleo.

En el año 1989, para poner broche a una década prodigiosa de mi vida, dejé mi escritorio en KPMG por una interesante ofer-

ta que no pude rechazar. Poco a poco, iba subiendo esa escalera hacia el cielo. Los sueños comenzaban a materializarse.

Me incorporé como adjunto del director financiero de Allianz, posiblemente, una de las aseguradoras más fuertes e importantes de Europa. Por primera vez, tenía una mesa independiente para trabajar, aunque no un despacho propio. Eso seguía siendo para los auténticos jefazos de la compañía, pero no me importaba. Todo llegaría, estaba convencido de ello, y los primeros destellos no tardaron en manifestarse.

Allianz había absorbido las oficinas de la antigua Adriática, que se encontraban en el número 39 de la Castellana. Afrontar una nueva posición tenía un peso de responsabilidad mayor, pero también te hacía sentir que no estabas al borde del precipicio. De alguna manera, antes de que tú cayeras a los tiburones, siempre había alguien en una posición más baja preparado para servir de carnaza.

Mi vida cambió a pasos de gigante. La firma para la que trabajaba invertía mucho en inmuebles y en renta fija. Movíamos dinero, grandes cantidades, aunque las inversiones en Bolsa no eran prioritarias. Esto provocó el interés de mucha gente que, por entonces, trabajaba sin descanso en el mercado de valores. Olieron la oportunidad y se echaron sobre nosotros. Yo no fui una excepción.

Como sentía que me faltaban conocimientos sobre mercados y gestión de carteras, ni corto ni perezoso en 1992 me inscribí a un curso de un año en la Fundación de Estudios Bursátiles y Financieros para conseguir el pomposo título de *European Professional Financial Analyst*. Ese año fue inolvidable, conocí a dos de mis mejores amigos «del mercado», con los que desde entonces mantengo la amistad. También guardo un puñado de anécdotas, como esos encierros a los que los sometía en mi apartamento de la calle Larra, con miles de coca-colas *light* y alguna que otra centramina que se deslizaba para poder aguantar el tirón; o los exámenes en los que todavía me parto de risa al recordar cómo uno de ellos, alto directivo entonces y ahora ya jubilado, miraba incesantemente para atrás, a la izquierda o a la derecha, a la caza de alguna respuesta.

Si años atrás había soñado con una vida propia del celuloide, mi periodo en Allianz fue digno de un episodio aparte. En muy poco tiempo comencé a hacer amistades dentro del mercado financiero. Los brókeres se acercaban a mí para agasajarme con comidas en La Trainera o cócteles en Embassy o en Castellana Ocho. Disfrutaba de las conversaciones, de esa hambre insaciable para que les compráramos los productos que en ese momento les interesaba vender. Era entretenido, a la par que divertido, formar parte de esa entelequia financiera que, años atrás, había contemplado desde la distancia con cierto recelo; trajes, corbatas planchadas, rostros afeitados en barbería y caprichos personales que, hasta el momento, yo no había catado aún. Comencé a cambiar, a crearme un poco más mi nueva posición, inconsciente de que estaba transformándome en uno de ellos. De repente, todo el mundo quería sentarse conmigo a la mesa. Me hacían caso. Una mañana, mientras me terminaba el café en uno de esos bares de la Castellana, vi a uno de esos tipos, vestido con traje de Cortefiel, unos cuantos años mayor que yo y cargando el mismo maletín que me habían dado años atrás al comenzar en KPMG. Así que me pregunté, ¿cómo diablos se llega hasta aquí, Martín? Nuestras trayectorias pudieron ser las mismas, aunque, en algún momento, la de aquel tipo se debió de torcer. Apuré el café y la tostada con jamón y volví a respirar profundamente. De nuevo, las preguntas revoloteaban por mi cabeza. ¿Conformarse o seguir escalando?, medité. Y la respuesta llegó antes de cerrar con el interrogante.

Después de algunos años viviendo en una vorágine de adrenalina, presión y autoexigencia, decidí encontrar el equilibrio que me ayudara a mantenerme vivo, antes de morir a causa de un infarto. El deporte siempre ha sido la clave para soltar lastre, relajar el cuerpo y detener la mente durante unas horas. En mi caso, me gustaba practicarlo con alguien más. Dado que el golf no entraba en la categoría de quemar grasa, aunque me encantaba practicarlo, busqué una excusa para retomar el contacto con mis viejas amistades. Algunas temporadas terminaba exhausto

de encontrarme con gente que sólo buscaba sacar tajada de nuestra amistad. Comidas copiosas, regadas con demasiado vino, encuentros que terminaban a altas horas de la madrugada y un cansancio que se iba acumulando cada mañana en mis huesos. Volver a casa y sentirme un imbécil por llegar tarde. Tan sólo buscaba un poco de entendimiento y una manera saludable de poner el cuerpo a punto. Por eso recurrí a Miguel, mi antiguo compañero de KPMG, que había ascendido a gerente en la firma y que ahora vivía feliz compartiendo apartamento en Núñez de Balboa con su reciente pareja.

Le agradó la idea de vernos una vez cada quince días para jugar al *squash*. Ninguno de los dos éramos profesionales, aunque se nos daba bien correr y golpear la pelota con la raqueta. La cita de los miércoles a las ocho y media de la tarde se convirtió en un ritual, siempre y cuando no hubiese una emergencia de última hora. Aunque nuestros caminos se habían separado (él seguía en consultoría y yo en finanzas), nuestras carreras comportaban un peso que soportar. Durante una hora y media, el mundo se detenía ante nosotros entre aquellas cuatro paredes.

Recuerdo un partido memorable en el que gané a Miguel después de mucho sufrimiento. Empapados de sudor, fuimos a por las toallas cuando mi amigo me miró a los ojos con una expresión que no había visto antes en su cara.

—¿Eres feliz, Martín? —preguntó quitándose la horrorosa cinta empapadora de la cabeza. El eco de su voz se perdió en el interior de aquella pecera. Aún estaba recuperando el aliento cuando su pregunta llegó como un jarro de agua fría. Claro que lo era, ¿acaso había algo que cuestionar?, me dije. Observé a Miguel, que esperaba una contestación que solucionara su conflicto interno.

—¿Y quién no, Miki? Estamos donde queríamos estar hace unos años —respondí encogiéndome de hombros. Me limpié el cuello empapado de sudor—. Estamos en el camino correcto. En unos años, te reirás de este momento...

—Ése es el problema, Martín —contestó desairado.

Por un momento, pensé que la presión del trabajo le había superado aquel día. A todos nos pasaba, también a mí. Días de

agotamiento se juntaban con el peor de los finales que se podía esperar en una jornada. Todo salía mal, los tratos no se cerraban y tu jefe te señalaba con ese dedo acusador capaz de ponerte de patitas en la calle en cuestión de horas. Después regresabas a casa con la moral por los suelos, comías algo recalentado y te preguntabas si realmente eras tan bueno como creías. Pero todo se curaba con algunas horas de sueño. No obstante, comprendí que Miguel no estaba pasando por esa clase de crisis.

—No sé si quiero reírme de este momento en unos años, tal como tú piensas. No estoy seguro de que quiera seguir en esto toda mi vida, ¿sabes? Aspirar a más y más, dejando de lado el resto, viendo cómo pasa la vida...

—Pero ¿qué carajo dices, Miguel? ¿Sabes? A ti lo que te hace falta es una noche como las que solíamos pasar. Un poco de desfreno y liberarte de todo ese malestar...

—No, no necesito eso. Te estoy hablando en serio —insistió. Su actitud no parecía ser producto de un mal día, ni tampoco de dos—. Tengo planes con Luz. Me gustaría casarme, tener hijos y pasar tiempo con mi familia. He ahorrado bastante dinero y creo que un hombre debe saber cuándo decir basta. Así es suficiente para mí. De lo contrario, me temo que el horizonte se hará más y más lejano... No todo en esta vida es el trabajo. En el equilibrio está la virtud, ¿no crees?

Estaba delirando, había perdido la cabeza. En aquel instante, no me molesté en comprender cómo había llegado a esa situación tan deplorable. ¿Quién se conforma con lo que tiene cuando puede aspirar a todo? Después de tanto sacrificio, era como dejar una obra de arte a medias. Miguel se había convencido de que la mejor idea era tirar la toalla, echarse a un lado y ver cómo los otros pasaban por delante de él. Todos sabemos que cuando la idea se planta, es cuestión de tiempo que germine. Y yo no iba a ser el que le hiciera cambiar de opinión para que no cavara su propia tumba. No tenía ganas ni tiempo para ello. Busqué el modo de empatizar con él, pero sólo se me ocurrió ponerle la mano en el hombro a modo de apoyo.

—¿Qué piensa ella de todo esto?

Él dudó y supe que estaba acabado.

—Ella me apoya, aunque me ha sugerido que lo piense —respondió con cierta inseguridad—. No quiere que cometa una estupidez.

La vida se va formando con las decisiones que tomamos, pero a todos nos cuesta afrontar las más importantes, esas que marcan un punto de inflexión en nuestra existencia. Miguel había llegado a ese punto y ni él ni su pareja querían ver cómo todo volaba por los aires.

—¿Sabes qué? Te entiendo. Y no te falta razón... —añadí—. Tú siempre has sido el más sensato de los dos. Estoy convencido de que harás lo oportuno.

Eso fue todo lo que dije y ambos supimos que estaba mintiendo.

Por supuesto que Miguel estaba equivocado, pero era algo que debía descubrir por su cuenta, con el paso de los años.